

todo el día siguiente al de su matrimonio, sin saber por qué.... Solamente recordó más de una vez las palomas que habían huído de las ventanas de la iglesia antes de concluir la ceremonia, deduciendo de aquel hecho un presagio funesto.

XVI.

¿Quién es el que, habiendo vivido la vida del corazón, no ha experimentado que en los sentimientos que más le han hecho sufrir, ha habido algunas veces interrupciones singulares, una especie de *renovación* de la felicidad imprevista é inexplicable?.... Camila lo experimentó el día en que sus celos se habían desvanecido ante la palabra franca y compasiva de su madre, durando esta sensación hasta el de su casamiento. La mano que le oprimía el corazón había soltado su presa, y se había dilatado una vez más; pero fué la última.

A la mañana siguiente al día de sus esponsales había sentido una tristeza indefinible, y aquella tristeza no la abandonó ya, por más que no pudiera explicársela, pues su marido no daba motivo para dirigirle el menor reproche. En el tiempo en que estaba celosa, suponía motivos para su frialdad, pero ahora no podía encontrarlos.

Por otra parte, aunque continuase siempre con su carácter melancólico, era más expansivo y menos irritable desde su casamiento.

Considerando el matrimonio como se le considera en el siglo XIX por el mundo elegante, el de Camila y Allán era lo que debía ser. El marido era, como se dice, *perfecto* para su mujer; todos los modales, todas las delicadezas, todas las atenciones que proceden, tanto del corazón como del espíritu, todos se los prodigaba.—Apresurémonos á decir que eran en mayor número cuando la Condesa no estaba presente;—pero cuando, por casualidad, se hallaba á la vista, no tenía ni uno solo de esos agradables abandonos que en la vida doméstica son tan tiernos, cuando se tienen ante los ojos de la madre de la mujer que se ama.

¿Sabía Iseult por qué la felicidad de ser la mujer de Allán pusiera triste á su hija?... Por lo menos, no lo preguntaba. Las almas superiores se entienden entre sí, aun cuando se alejen, y Camila debió aprender semejante cuestión: reconocía que no era dichosa, como lo había sido, y como creía serlo después de casada. Pero aunque hubiera tenido motivos, que no tenía ninguno en realidad, para quejarse de su marido á su madre, no se los habría confiado. Cuando una mujer joven acusa á su marido en sus confidencias con su

madre, ó es un alma sin nobleza, ó es que no le ama ya.

Y Camila seguía amando siempre al suyo. Notenia, como él, esa grande imaginación, que no es otra cosa que una eterna inquietud, y tal vez tropezaba con la imposibilidad de amar mucho tiempo á un ser finito. Su sentimiento era tanto más profundo, cuanto que era poco extenso, y no tenía ni una idea que no se refiriese á ese sentimiento.

Como la mayor parte de las mujeres que aman, todo lo que no se refería á su corazón la causaba tedio, y aun los libros en que hubiera hallado la expresión de sentimientos análogos al suyo, no le parecían más que distracciones insípidas. Ahora bien: si el sentimiento del cual lo aguardaba todo en el mundo, no la hacía dichosa, ¿cuál podría ser en adelante su recurso?....

No tenía ninguno. Estaba casada, y su carrera se hallaba cumplida. Se había unido con el hombre que amaba (y que la amaba también, ó al menos tal creía), y que le extendía bajo los piés su manto de terciopelo, como á la reina de su vida. Acusaba de injustas sus largas y vagas tristezas, culpando de ellas á su carácter. Aquella alma apasionada hubiera querido gozar una caricia eterna, y sentía vergüenza de este deseo. ¡Cuántas veces, des-

fallecida de ardor y de vergüenza, apoyaba su cabeza sobre los hombros de Allán, sin decirle una palabra!

Nunca le preguntaba por qué estaba triste, pues tenía miedo de que le respondiera: «¿y por qué lo estás tú?...», dejándola confundida. Sin embargo, cada día se acentuaba más su mal-estar, y acabó por confesarse que era desgraciada: aquel día lloró amargamente, como si hubiese hecho un terrible descubrimiento.

¡Ah! ¡Más digno de lástima todavía era Allán! La voluptuosidad le vendía, lo mismo que el amor. Hasta entonces todas las caricias con que había encubierto la verdad de su alma eran verdaderas; pero ahora no, y se entregaba á ellas á sangre fría; y si doblegaba su orgullo tantas veces humillado, después de todo era ante la mujer que había amado y que había jurado ante Dios hacer dichosa; la mujer que valía más que él. Pero la generosidad no puede ser duradera cuando es preciso fingir. Y, por otra parte, ¿de qué sirve? Camila no se dejaba engañar más que en la apariencia, pues cuando dos existencias están unidas y se ama, no es posible ser engañados por mucho tiempo.

Ahora que Allán se separaba cada vez más de su mujer, su pensamiento se volvía involuntariamente, como la noche de boda, hacia

el tiempo en que había amado á Iseult. Colocado entre las dos mujeres, sentía que el vacío le oprimía en medio de ellas. La Condesa tampoco le interrogaba. Hacía cada uno de los tres su vida aparte, conociendo que todos los lazos de familia que los unían tenían una rotura imperceptible y secreta.

Nada de extrañar era que hubiera menos movimiento que nunca en el sombrío castillo de los Sauces. Palabras dulces y amistosas dichas con tono frío y mentiroso, un embarazo casi visible, miedo de herir: estas eran las relaciones de todos los días, y los días transcurrían lentamente unos tras otros, sin traer ninguno el más mínimo cambio.

Terribles eran las interminables veladas en el salón, que Allán pasaba midiéndole melancólicamente en todas direcciones con paso medurado é igual; la señora de Scudemor alisándose sus cabellos sobre la pálida y descarnada sien, y Camila con los ojos bajos, aparentando fijarlos en su costura, para ocultar la huella inflamada de las lágrimas que había derramado durante el día, á pesar de que hubiera podido mostrarlas, sin temor de que nadie le preguntase la causa.

Una noche estaban las ventanas abiertas para dejar paso á los últimos perfumes del crepúsculo y escuchar los últimos ruidos del día;

la señora de Scudemor, que se aproximaba al término de su embarazo, sufría en extremo y se hallaba más débil que nunca, echada en su sofá; Camila se sentía más desgraciada también que nunca, pues á pesar de todos sus esfuerzos, comenzaba á sentir la frialdad de su marido en la vida íntima de los esposos, y Allán se encontraba en un estado indecible de cansancio y de desesperación. Había cobrado horror al vacío de su alma, y deseaba algo con que llenarle, sin que para conseguirlo hubiera retrocedido ante el crimen, pues hasta encontraba preferible el remordimiento. Ambas mujeres se hallaban abatidas por su culpa; pero la que más padecía, á pesar de su juventud, la más marchita, á pesar de todos los esplendores de su belleza, era Camila, porque amaba á su esposo, y él, sabiéndolo, se mostraba indiferente.

El salón estaba sumido en una oscuridad casi completa, y apenas se podía distinguir á la Condesa acostada en el sofá, algo más lejos á Camila sentada, y Allán, que pasaba y repasaba entre ellas, sumido en un lúgubre silencio. La escasa luz que se desprendía de una luna roja, como una cabeza cortada que se moviera lentamente en un rincón del cielo, se extendía sobre el pantano; pero sus casi sangrientos reflejos no llegaban al salón, perdiéndose en los jazmines de las ventanas, á través

de los cuales se la veía brillar siniestra en el brumoso horizonte. El único ruido que se oía era la queja del chorlito, repetida con pequeños intervalos en el silencio de la noche, armonía triste y resignada, pero demasiado melancólica y dolorosa.

Hacia algunos días que Camila había tenido el pensamiento, que jamás se ocurrirá á una mujer tierna y apasionada, de que tal vez había demostrado demasiado amor á Allán, y que para exaltar el afecto de su marido debería velar más el suyo. Pobre coqueta, por desesperación, se había encerrado en sí misma con mucho trabajo; pero él no había hecho el menor caso de aquel cambio en las maneras de su mujer, con tanto más motivo, cuanto que todo lo que le apartaba de ella le consolaba demasiado para arriesgarse á pedir una explicación que pudiera hacer cesar el alejamiento que le libraba de su presencia.

La desgraciada Camila, que se había impuesto aquel tormento para conseguir que su marido le dirigiese una palabra tierna y se ocupase de ella un poco más, había perdido todo el fruto de sus crueles esfuerzos.

—¡No ha advertido nada! (se dijo.) ¡Debo convencerme de que ya no me ama!....

Y las lágrimas que afluían á sus ojos parecían que la desgarraban el corazón.

Aquella noche fué la primera vez que desde su casamiento había entrado su marido en el salón sin ir á darle un beso, y aquella simple circunstancia la sumió en una verdadera desesperación. Cuando un vaso está lleno hasta los bordes, el roce del ala de una mosca basta para hacerle derramar.

En un principio sólo fué un dolor físico lo que sintió en el corazón; pero los ojos permanecieron secos; después asomaron á ellos dos lágrimas ardientes, y luego, como aquel estado de excitación le hubiera causado la muerte á durar mucho tiempo, estalló en sollozos con tal violencia, que se vió obligada, para no venderse, á salir del salón y retirarse á su cuarto, donde pudo entregarse libremente á su dolor.

Allán continuó paseándose con la misma monotonía, y la Condesa permaneció en su indiferente actitud. El primero no había visto ni oído nada: en aquel momento tenía en el corazón un infierno, el infierno de los apasionados que, careciendo de pasión, anhelan una. Solamente notó con alegría, cuando hubo salido su mujer, que su huida le dejaba libre, y un pensamiento impetuoso y criminal se apoderó de sus facultades, subyugando su voluntad.

Después de algunos minutos de silencio, se detuvo delante de la señora de Scudemor. Se

hallaba oculto en la sombra, pero su voz revelaba todo.

—¡Iseult! (dijo con esa voz que sale de lo profundo del pecho, y con ese acento sordo que tienen los hombres á quienes domina el terror de lo que van á hacer.) ¡Iseult!

—¿Qué queréis, hijo mío?—le respondió la Condesa.

—¿Y por qué (preguntó con voz sombría) me llamáis «vuestro hijo», puesto que soy el padre del vuestro?

—Porque (contestó con una nobleza indecible) nunca he podido daros otro nombre que ese.

—Tenéis razón,—dijo Allán.

Y cayó como agobiado en el sofá en que estaba sentado.

Después de un nuevo silencio y como avergonzado de sí mismo:

—¿Sufrís más esta noche que otras?—le preguntó.

—¡Ay, Allán! (le contestó con una entonación que jamás había usado para hablar de sí misma): no soy yo la que más sufre.

El joven comprendió, y cayó de nuevo en su lúgubre silencio.

Pero no era la piedad de Iseult hacia la que no estaba presente, ni tampoco la compasión divina la que podía detener el torrente de fu-

nestos pensamientos que arrastraba á Allán, martirizándole horriblemente.

Acercóse á la Condesa, y cogiéndola bruscamente por la cintura, que no resistió como en los tiempos pasados, sino que al esfuerzo se plegó, flácida y ajada, buscó en la oscuridad, con su boca, la de Iseult; pero ella había vuelto la cara, y el beso se perdió en los cabellos. No concluyó de darle, pues antes que hubiera podido hacerlo, había conocido que aquellos vanos arranques eran una espantosa ironía, una abominable impotencia, y que sus grandes pesares nada tenían de deseos.

Su última tentativa para salir del vacío, aun haciéndose criminal, había abortado, y temiendo la indignación de Iseult, que se había resistido, huyó y corrió á encerrarse en la biblioteca, donde estaba seguro de no ser sorprendido.

Allí permaneció largo tiempo, presa de la rabia de un hombre que se desespera de su impotencia, sin tener conciencia de su estado ni del tiempo que transcurría, ni aun advertir que estaba á oscuras. De repente la puerta se abrió.... Era Camila, en peinador y con una bujía en la mano, graciosa y triste como Psiquis, porque Psiquis es la representación del alma humana, de los dolores de la vida.

—Allán (le dijo, sin mirarle con sus ojos

hinchados y violáceos, y no atreviéndose á tutearle), hace ya tres horas que os espero. Creía que estábais en el salón con mi madre; pero hace ya mucho tiempo que está acostada, y todo el mundo duerme. He corrido todo el castillo por saber dónde estábais. ¿No os importa nada que yo me inquiete?

Y aquella mujer tan violenta se había vuelto dulce.

—¿Y por qué razón inquietarse?—repuso él con dureza, á pesar de que intentaba reprimir su cólera.

Ella le replicó con una dulzura angelical:

—¡Porque no veníais!

Palabra llena de reproches, que él no comprendió. No se daba cuenta de que pudiera inquietarse por una cosa tan sencilla como su ausencia.

—Calmad vuestros temores de niña (dijo con grosería), y subid á vuestro cuarto; dentro de breves momentos me uniré á vos.

—Cuando queráis, amigo mío (respondió). Sois el amo. Perdonadme el que me haya atrevido á bajar....

Y salió lentamente, dejando la luz sobre la mesa.

Su marido se enterneció al ver aquella resignación.

—Camila (le dijo, cuando se alejaba): ¿os vais sin darme las buenas noches?

La joven le presentó la frente como una niña, y respondió, conteniendo las lágrimas con mucho trabajo:

—No creáis que me haya dormido cuando vengáis.

Pero estos rápidos enternecimientos no cambiaban en nada el estado del alma de Allán; antes por el contrario, aumentaban su agonía, recordándole que se había encargado de aquella criatura, y no tenía ni fuerza ni voluntad para hacerla feliz, como prometiera.

—Todas estas cobardías é infamias me abruma (se dijo). Es preciso que lo confiese todo á la Condesa.

Y se puso á escribir febrilmente, buscando, como todas las almas que el dolor agobia, un alivio por medio de sus confesiones.

He aquí lo que le decía en aquella horrible carta:

«¡No tengo miedo de ser demasiado duro con Camila, cuando la pobre me ama tanto! No tengo miedo á su desesperación. No tengo miedo más que á tu desprecio, Iseult. Eso es lo que me impide matarme. Tú, que has sufrido tanto como yo, y que no eres más que una mujer; tú, que hubieras podido, vertiendo algunas gotas de láudano en una cucharilla, dormirte

muellemente en tu almohada de batista una de aquellas noches en que estabas abrumada por tan crueles dolores, para no despertar al día siguiente, y no lo has hecho, tendrías derecho para despreciarme si me matara. Tú eres todo mi orgullo, Iseult, y jamás tendré orgullo sino por ti.

»Te comprendo ahora, Iseult. Comprendo lo horrible que es no amar ya.... No me parecías más que una mujer desgraciada; pero ahora sé hasta qué extremo lo eres. Me lo ha enseñado la experiencia mejor que tus palabras. Sufrir, cuando se ama, es dulce y bueno.... porque es la felicidad del mártir; pero sufrir por no amar, es la mayor desgracia de la vida. Desgracia terrible, porque se muere de amor, pero no se muere de indiferencia.

»¿Te ha ocurrido lo mismo que á mí, Iseult? ¿Has querido volver á amar, y has conocido tu impotencia para ello? ¿Puede esto ser un estado pasajero? Tú eres fría como la muerte; pero dime: ¿es así como te ha dejado tu último amor?.... Antes de llegar á esa insensibilidad de la tumba, ¿has deseado amar, y lo has deseado en vano?

»¡Esto no me lo has dicho nunca! Ser inerte, pero existir, es sufrir, y ya es algo; pero *no querer* ser inerte, defenderse contra el mármol, que va subiendo y oprime el pecho, y

conocer que el mármol es más fuerte que la vida, aunque no tenga fuerza suficiente para arrebatársela, ¿has sufrido tú eso por casualidad?....

»Si lo has sufrido, Iseult, no tenías necesidad de defenderte contra mí, como lo has hecho hace dos horas, y desmintiendo tu experiencia. Te has dejado dominar del miedo como una mujer vulgar; no sé qué instinto escéptico y brutal ha venido repentinamente á conmoverte.

»Tú que no puedes ser manchada; tú que sabes que sólo el alma es la que puede serlo, ¿qué es lo que tenías? ¿No te creías bastante dueña de ti?... Ya has visto que mis brazos no han podido concluir de estrecharte, ni mi boca ha llegado á rozar tus cabellos. Tú no eres ya nada para mí, ni aun una mujer. Y si lo sabías, ¿por qué temblabas?

»¡ Ah! Yo esperaba.... yo esperaba que todo no hubiera terminado. ¡He pensado tanto en ti estando en los brazos de Camila! Le había sido tantas veces infiel con tu recuerdo, que creí encontrar alguna de las emociones del pasado cerca de ti. Pero no; ¡corazón y destino son inflexibles! Yo deseaba el incesto, y ni mi corazón ni mis sentidos han tenido fuerza para consumarle.

»Iseult, estoy cansado de tu hija. Me ator-

menta el verla respirar á mi lado por la noche, y me fatiga el torturarle el alma por el día. Y ¡ay! este cansancio es vano. No puedo renunciar á mi oficio de verdugo, no puedo dejar de atormentarla. Su belleza no le ha servido de nada. Y, sin embargo, debes acordarte, Iseult; en otro tiempo yo amaba todo lo que tenías de bello.

» Hoy no te pareces en nada á la Iseult de entonces. No me has amado; sufres; eres vieja; estás á punto de dar á luz, y yo te amo más que á tu hija. ¿Por qué razón en el horror de mi anonadamiento he vuelto á ti al dejar á tu hija? ¡Ah, qué miserables somos! ¡Ni aun sabemos siquiera engañarnos!

» Me parece que mis recuerdos eran de fuego....; era de noche, y ni aun te veía, Iseult: ni mis imbéciles sentidos podían asustarse....

» ¡Oh! Si hubiese sido de día, si nos hubiéramos visto; nosotros, los sabios en materias del corazón, los conocedores de sus límites incomprensibles.... ¡cuánto nos hubiéramos reído de la figura que hacíamos!.... »

XVII.

Aquella carta calmó un poco á Allán.

Habíase comparado con aquella cuyo inmenso infortunio respetara tanto tiempo, y aquella comparación le hizo algún bien. ¡Triste vanidad la suya! Tuvo orgullo del golpe con que la hería. Antes de caer tan bajo, tenía un horror mortal á su sufrimiento; ahora le parecía más poética, y lo era en efecto. El lado poético de los dolores humanos es el lado de lo infinito.

Pero al engrandecerse hasta llegar al nivel de Iseult de Scudemor, al arrojar sobre su situación, maldecida por tanto tiempo y al fin aceptada, una mirada concéntrica de orgullo, lo poco que restaba de generosidad en sus relaciones con Camila desapareció. Si había sido duro con su mujer, cesó de serlo. ¡Los indiferentes son tan dulces! Y esto fué todavía más cruel para ella.

Las últimas lágrimas que vertió, las derramó con Camila un día que daban un paseo

silencioso. Aquel día lloraron los dos, y ni uno ni otro se preguntaron la razón de aquellas lágrimas, y ningún beso las enjugó, no tratando tampoco de ocultárselas: toda pregunta era inútil. Se habían amado, tenían veinte años, y no había transcurrido desde su matrimonio un mes; pero ¿cuál de los dos era más desgraciado? ¿La que sabía que ya no era amada, ó el que conocía que ya no podía amar?...

Pero Allán no podía desprenderse tan pronto de la parte sensible que le quedaba de vida, y quería intentarlo todo, ya que no podía resucitar el amor.

Una tarde que estaba sólo con Iseult, lo que acontecía con mucha frecuencia, pues él se olvidaba de su mujer, y ésta bajaba muy pocas veces al salón, dijo á la Condesa:

—Seamos amigos por el pensamiento, ya que no podemos serlo por el corazón. Atravesemos el desierto de la vida solitarios, sin pedirle nada de lo que no nos ha dado. Juzguémosla sin reprocharla nuestras esperanzas perdidas. Yo quiero aceptar, como tú, ese desprendimiento de todo que se ha verificado más pronto y más completo en nosotros que en el resto de los hombres. Marchemos como dos hermanos de armas en medio de la batalla de la vida, armados con el frío acero de nuestras corazas, templadas en la agonía del dolor, y

permanezcamos amigos y camaradas de la misma desgracia... ¿Lo quieres, Iseult?

»Que yo te haya amado, que tú hayas sido para mí lo que el mundo llama una querida, ¿qué importa? ¿Qué importa tampoco que tú seas la madre de Camila? Dominemos esos lazos rotos que nuestras almas no han podido sufrir. Dejemos á otros, más dichosos que nosotros, el respeto de la familia y la religión de los recuerdos. El amor nos ha abandonado arrancándonos lo que deja á otros cuando los abandona como á nosotros. ¿No sabrías tú ser algo de más ó de menos que lo que has sido para mí en otro tiempo?... ¿No hay entre el hombre y la mujer más que las relaciones que existen entre dos amantes? ¿No hay algo más grande y más hermoso? ¿No podrías ser mi hermana por el pensamiento, como yo lo soy tuyo por el dolor?...

»Firmemos este pacto de alianza, y demos ese ejemplo al mundo. Es bastante estúpido, y se admirará; pero su asombro sería mayor si supiera á qué amor sucedía esta intimidad, más elevada y más rara que el cariño. No sería extraño que la calumniaran. El hombre es tan profundamente vil, que convierte en bajezas todas las acciones que no están á su alcance, porque de esa manera está siempre seguro de comprenderlas. Pero nosotros, insultados por

el mundo, nos estrecharíamos más uno contra otro, demasiado orgullosos y sobrado fuertes para ni aun darnos aire de mártires cuando todos los dedos nos señalaran con desprecio.»

Pero á aquel joven tan enamorado de la fuerza (la cosa más bella que hay en el mundo después de la virtud); á aquella imaginación poética que tan ambiciosamente hablaba de dar al mundo un magnífico espectáculo, envolviéndose en el dolor y en los gritos de la multitud, contestaba la mujer abatida:

—Lo que me proponéis, Allán, ya no es posible: no; ni aun eso, Allán; ni aun eso. Os imagináis que eso sería más bello que el amor, y lo que ese incomprendible sentimiento sería, creedme, es el deseo de los sentidos, ese deseo insensato que domina muchas veces nuestras mayores desesperaciones. Y, por otra parte, ser hermano y hermana, como queréis, sería amarse en algún modo, hijo mío, y yo no podría. Vos sois joven, tenéis vuestras facultades activas y frescas; las mías están enervadas, y no podrían elevarse á la sublime altura que soñáis. Tenéis razón, sin embargo: hay algo de imponente y de sincero en la conducta de las que dicen al mundo en voz alta: «He sido la querida de este hombre, y el dejar de serlo no nos ha separado. No hemos hecho como los que se deslizan fugitivos y temerosos en la

sombra, enjugando sus bocas con mano trémula, como si en ellas hubiera quedado alguna mancha vengadora ó vergonzosa.» ¡Ay! Ese papel que en otra época me hubiera tentado, ahora no me conviene. Habéis exagerado siempre mis condiciones, Allán; pero al fin acabaréis por conocerme tal como soy.

De esta manera la Condesa rehusaba todo, porque no era capaz de nada. El último entusiasmo del hombre (el entusiasmo del orgullo) se estrellaba contra la realidad de su infortunio.

Llegado á aquel punto, el joven tuvo tentaciones de despreciarla; pero no se encontró con valor suficiente para ello: aquella cabeza siempre pronta al sacrificio se le imponía.

Pero el desprecio de Allán debía alcanzar más tarde á la desgraciada Iseult, para completar el inmenso cúmulo de amarguras que habían envenenado su destino, y demostrar una vez más la ingratitud nativa é imperecedera del corazón humano.

XVIII.

Una noche de estío, en que el calor tempestuoso agobiaba el cuerpo, convirtiendo el sueño en un estado próximo á la apoplejía, se levantó Allán en medio de la oscuridad, y trató de asegurarse de que Camila estaba durmiendo; pues muchas veces la había sorprendido llorando en silencio, cuando él la creía entregada al sueño; para asegurarse la llamó con precaución muchas veces, y ya convencido, se vistió apresuradamente, y salió del cuarto.

Miró maquinalmente á través de la vidriera, y vió el cielo de color de cobre, cubierto de nubes espesas, que de cuando en cuando surcaba un pálido relámpago, seguido de un trueno sordo y lejano. Los sauces del campo estaban inmóviles, y no se oía más ruido que el de la tempestad lejana. Era una noche terrible y llena de inquietudes para Allán; pues si se acercaba la tormenta, podía su estruendo despertar muy fácilmente á su mujer.

Para evitar esa contingencia, arregló las